

3. COMUNICACIONES

LA CONFESION ORAL DEL PECADO Y LA PENITENCIA EN LA PRIMITIVA IGLESIA

—Bosquejo de una investigación—

JOSE ANTONIO INIGUEZ HERRERO

Referida a los primeros siglos de la vida de la Iglesia, poseemos una amplia *historiografía* que se ciñe al S. I. —los Cuatro Evangelios y las Actas de los Apóstoles—, un vacío que ocupa algo más de dos siglos y medio, hasta las redacciones de la *Historia Eclesiástica* y las *Glorias de Constantino*, ambas, como es sabido, de Eusebio de Cesarea. Las restantes fuentes que nos aportan noticias de cómo se desarrolló aquella vida son *documentos*, escritos ocasionales como cartas, amonestaciones, consultas morales, jurídicas y litúrgicas, apuntes catequéticos, defensas ante el Emperador, y una pequeña fantasía moralizante, hasta finales del siglo II; a todo esto hay que añadir auténticos tratados dogmáticos, morales y ascéticos, a partir del siglo III¹.

En pocos documentos anteriores al S. III aparece una referencia al Sacramento de la Penitencia. Por ser el tema del mayor interés y constituir uno de los puntos esenciales de discrepancia entre las Iglesias de la Reforma y la Católica, han sido esas referencias minuciosa y numerosamente analizadas, documento por documento, intentando definir los límites de aquello que expresan, muchas veces —aunque ciertamente no siempre— con una idea originaria restrictiva. Los motivos que han llevado a que esto sucediera así son múltiples, y no es éste el lugar propio para examinarlos, pero sí es interesante recordar que uno de ellos, importante, es el peso que el

1. Sobre esta clasificación de los datos en historiografía, bibliografía histórica y documentos, cfr. Federico SUÁREZ, *La historia y el método de investigación histórico*, Rialp, Madrid 1977, pp. 71 y ss.

tratado *De Pudicitia* de Tertuliano, ya de la época montanista, ha tenido sobre estudiosos e investigadores².

En esta comunicación al Simposio sobre la Penitencia que convoca la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra en el año 1983, me propongo llamar la atención sobre un hecho que me parece importante. Se han analizado las voces, una a una, que hablan de la penitencia —en sus posibles interpretaciones de virtud, «metanoía», sacramento, etc.— en la Iglesia naciente, y tal análisis ha impedido percibir aquello que quizá manifiesta la reunión de todas ellas: la atención centrada en cada una ha impedido percibir la armonía del coro. En las líneas que siguen intentaré realizar esta fusión, con todo el rigor de que sea capaz*. Para ello será preciso comenzar por exponer el criterio de investigación que puede conducir a esta integración de lo disperso.

Este criterio, o quizá mejor línea directriz, puede muy bien recibir, a falta de otra mejor, la denominación de «*teoría de la posesión pacífica*». En pocas palabras se describe así: cuando un grupo humano conoce o posee, como algo que le es natural —pacíficamente—, una costumbre, un modo de hacer, e incluso hasta un instrumento material, estas realidades aparecen sólo ocasionalmente en su literatura, mencionadas casi siempre simplemente por un verbo o un nombre, sin ningún tipo de explicación o de aclaraciones complementarias, innecesarias e inútiles para quienes habían de leer el texto, e impensables para quien lo redacta. Será precisamente la aparición de la polémica sobre ese uso, que ya no se posee pacíficamente, o el paso del tiempo, que ha hecho anacrónico el empleo del instrumento y desconocido para un buen número de lectores, las circunstancias que motivarán una mayor extensión en la exposición de los primeros y la descripción de los segundos.

Este trabajo consistirá, pues, en clasificar en el menor número posible de grupos los textos en que aparecen las palabras «reconocer», «confesar» —ἐξομολογέω—; «pecado» —παράπτωμα—, y sus afines, según el sentido que exijan los contextos en los que se hallen, y en escuchar, atentamente, lo que estos grupos digan; cada uno de los datos acopiados ofrecerá un campo más o menos amplio

2. Cfr. J. MOYA, *La disciplina penitencial en el siglo III*, «Pro manuscrito», Tesis presentada en la Facultad de Derecho Canónico de la Universidad de Navarra, 1982.

* Publicamos un resumen de la Comunicación presentada por el profesor Iñiguez.

3. Cfr. F. SUÁREZ, *o.c.*, pp. 177 y 185.

de posibilidades de interpretación; su superposición eliminará los valores incompatibles entre ellos, y delimitará una zona común. En esta zona se ha de encontrar la verdad de cómo sucedieron los hechos³, cuya precisión puede proceder de la concreción de uno de los datos o de la suma de datos imprecisos, siendo irrelevante, en este último supuesto, la ambigüedad de cada uno de ellos, pues, lo que importa, es la amplitud de concordancia, no olvidando, en palabras de Suárez Verdaguer, que «*la característica de una fuente es ser coetánea del hecho del cual da testimonio*», y que su interpretación ha de tener muy en cuenta la intención de quien escribe⁴; ciertamente, sin olvidar además, que, en nuestro caso, se contempla cómo nace y toma cuerpo, a partir de vocablos anteriores, todo un nuevo léxico: el que corresponde a la teología y a la liturgia sacramental de la Iglesia naciente.

I. LAS PRIMERAS GENERACIONES CRISTIANAS

1. San Pablo escribe a los Corintios, probablemente en el año 57, al narrar la institución de la Eucaristía:

²⁷ *De manera que cualquiera que comiere este pan, o bebiere el cáliz del Señor indignamente, reo será del cuerpo y de la sangre del Señor.* ²⁸ *Por tanto, examínese a sí mismo el hombre; y de esta suerte coma de aquel pan, y beba del cáliz.* ²⁹ *Porque quien come y bebe indignamente, se traga y bebe su propia condenación, por no discernir el cuerpo.* ³⁰ *De aquí es que hay entre vosotros muchos enfermos y sin fuerzas, y muchos que duermen.* ³¹ *Que, si nosotros entrásemos en cuentas con nosotros mismos, ciertamente no seríamos juzgados»*⁵.

Esta prohibición de recibir el Cuerpo y la Sangre del Señor sin limpia conciencia adquiere aún mayor fuerza al considerar el lugar que ocupa en la totalidad de la carta: final de su primera parte, con una larga lista de disposiciones morales y litúrgicas contra los partidismos que dividen aquella Iglesia, el incesto, los procesos ante

4. Cfr. *id.*, o.c., p. 171. Cfr. párrafo 2.º

5. 1 Cor XI, 23-31.

los tribunales paganos y la fornicación; la vocación genérica cristiana y la virginidad, doctrina sobre el uso de carnes sacrificadas a los ídolos y los modos diferentes de orar de hombres y mujeres.

Algunos meses más tarde insiste el Apóstol, dirigiéndose a la misma Iglesia, en la necesidad de examinar la conciencia para buscar la perfección que se pide al cristiano:

⁵ «*Examinaos a vosotros mismos para ver si mantenéis la fe; haced prueba de vosotros. ¿Por ventura no conocéis en vosotros mismos que Cristo Jesús está en vosotros? A no ser que quizá hayáis decaído.* ⁶ Mas yo espero que reconoceréis que, por lo que toca a nosotros, no hemos decaído. ⁷ *Y rogamus a Dios que no cometáis mal alguno, no para que nosotros aparezcamos probos, sino para que obréis el bien aun cuando nosotros parezcamos como descalificados*» ⁶.

Y unos años antes, entre el 50 y el 51, escribía a los Gálatas:

³ «Porque, si alguno, no siendo nada, piensa ser algo, se engaña a sí mismo. ⁴ Por tanto, *examine cada uno sus propias obras*, y así tendrá motivos para gloriarse a sí mismo y no respecto a otro. ⁵ Porque cada cual cargará con su propio fardo... ⁷ No os engañéis: de Dios nadie se burla» ⁷.

El valor universal de la predicación de S. Pablo y la rápida difusión de sus cartas están fuera de discusión, hasta poderse afirmar que la doctrina paulina es fiel reflejo de todo el pensamiento católico del primer siglo de la Iglesia. Los fragmentos transcritos atestiguan que desde la más temprana catequesis —pues el testimonio escrito es de unos 25 años después de la muerte del Señor, en el caso de la Epístola a los Gálatas sólo 17— la comunidad cristiana, formada por hombres contemporáneos de la predicación de Cristo, reconoce la necesidad del examen frecuente de conciencia, en especial para decidir si puede o no recibir la Eucaristía.

Consideremos ahora un hecho concreto que, con seguridad, se dio con harta frecuencia. Un cristiano peca y se reconoce pecador. ¿Qué ha de hacer? La respuesta se encuentra en la doctrina apostólica, recogida en textos contemporáneos a los anteriores, pues se apartan de ellos unos pocos años, que dan fe de su conocimiento del

6. 2 Cor XIII, 5-10.

7. Gal VI, 3-5,7.

valor del pecado, aun del interno ⁸. El Señor había dicho a los Doce, después de afirmar que había venido a salvar lo que se había perdido:

¹⁸ *Os empeño mi palabra, que todo lo que atareis sobre la tierra, será eso mismo atado en el cielo; y todo lo que desatareis sobre la tierra, será eso mismo desatado en el cielo»* ⁹,

en confirmación de las palabras que dirigió a Pedro, después de reconocer el discípulo la divinidad de Jesús:

¹⁹ *«Y a ti te daré las llaves del Reino de los Cielos. Y todo lo que atares sobre la tierra será también atado en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra será también desatado en los cielos»* ¹⁰.

Y San Juan describe otra ocasión en que Cristo vuelve a insistir sobre ese poder que entrega a sus Apóstoles, al final de su Evangelio, escrito hacia el año 92.

²¹ *«Jesús les volvió a decir: 'La paz sea con vosotros. Como el Padre me envió así también os envío yo'. ²² Después de decir esto, sopló sobre ellos y les dijo: ²³ 'Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, perdonados les serán, y a quienes se los retengáis, retenidos les serán'»* ¹¹

texto importante, de primera mano, que confirma el sentido de los anteriores.

Nuestro cristiano sabe el camino para alcanzar el perdón de Dios y hacerse digno de recibir la Eucaristía: la Iglesia tiene poder para otorgárselo en su nombre por medio de aquéllos a quienes Jesucristo concedió tal potestad.

Merece la pena detenerse en el examen de este grupo tan primitivo de documentos, avalado por el testimonio de San Juan ¹². En

8. «Pero yo os digo más: quienquiera que tome ojeriza a su hermano comparecerá ante el tribunal...» (Mt V, 22). «Pero yo os digo más, quienquiera que mirara a una mujer deseándola, ya fornicó con ella en su corazón» (Mt V, 28). «Tienen los ojos llenos de adulterio» (1 Pet III, 14). «Porque de dentro del corazón del hombre proceden los malos pensamientos, los adulterios...» (Mc VII, 21; cfr. Mt VI, 23; XX, 15).

9. Mt XVIII, 15-18.

10. Mt XVI, 17-19.

11. Jn XX, 19-23.

12. El valor teológico de palabra revelada que poseen, ciertamente el más importante para un cristiano, no se considera en este estudio, que pretende ceñirse al problema histórico. Tampoco se considera la interpretación de la expresión «atar

ellos se habla de atar y desatar, de perdonar y retener. Es claro que Jesucristo concedió a los Apóstoles, junto con la facultad de absolver, la de negar la absolución. Tres consecuencias inmediatas se desprenden de ello. Primera: si el apóstol —o su sucesor, como veremos más adelante— niega el perdón, el pecado permanece. Segunda: la razón de este negar no es el capricho, ha de obedecer a un motivo razonable. Tal motivo no puede ser otro que el conocimiento de las disposiciones internas de quien solicita el perdón por quien debe decidir si perdona o retiene: gravedad del pecado cometido y arrepentimiento suficiente. Tercera: esta forma de alcanzar el perdón es única, pues, en caso contrario, carecería de sentido la disyuntiva atar o desatar, al existir otro medio más cómodo —por así decir— de conseguirlo o de desatar lo atado.

La profundidad de pensamiento de las cartas de los Apóstoles y del libro de los «Hechos» de San Lucas es incompatible con la ignorancia de esta doctrina por los fieles. Se menciona solamente la institución del sacramento por el Señor —el dato importante— precisamente por considerarse el resto conocido.

En este ambiente se han de interpretar los textos que siguen, pues encajan plenamente en él.

Como exclusión de cualquier rito de purificación legal y externa de ascendiente judío o pagano, es interesante citar, a título de pinelada colorista, pero no despreciable, el *Agrapha* 31, escrito probablemente el año 70¹³:

«Si alguno comulga el cuerpo del Señor y usa de purificaciones, será maldito, como dijo el Señor».

2. La *Didaché* o «Doctrina de los Apóstoles», escrita hacia el año 90 —modernamente se piensa en la posibilidad de retrasar la fecha de su composición a los años comprendidos entre el 50 y el 70— fue el libro no canónico más difundido en la Iglesia primitiva. Comienza describiendo el camino de la vida y de la muerte, en forma de mandamientos concisos y perentorios. El último de ellos es como sigue:

y desatar» como forma hebrea u oriental de manifestar el fallo de un proceso. Coincide con la consideración directa que estamos haciendo.

13. Colección de sentencias que se atribuyeron al Señor nunca tenidas como canónicas pero sí muy difundidas. Aurelio de SANTOS, *Los Evangelios Apócrifos*, Madrid 1963, p. 117.

«En la reunión de los fieles, confesarás tus pecados y no te acercarás a la oración con conciencia mala. Este es el camino de la vida» ¹⁴.

Describe a continuación el rito de la Eucaristía, que consta de:
a) Antecomunión. b) Oración por la Iglesia. c) Prohibición de comulgar a los no bautizados. d) Postcomunión. Termina con la siguiente advertencia:

«Venga la gracia y pase este mundo. Hosanna al Dios de David. *El que sea santo, que se acerque. El que no lo sea, que haga penitencia.* Maranatha! Amén» ¹⁵.

Al final, trata de la celebración del día del Señor. Comienza así:

«Reunidos cada día del Señor, *romped el pan* y dad gracias, *después de haber confesado vuestros pecados*, a fin de que vuestro sacrificio sea puro» ¹⁶.

Textos en evidente conexión con la carta de Santiago, situada alrededor del año 60, en la que se escribe poco antes de terminar:

¹⁴ «¿Está enfermo alguno entre vosotros?, llame a los presbíteros de la Iglesia y oren por él, ungiéndole con el óleo en el nombre del Señor; ¹⁵ y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor le aliviará, y, si se halla con pecados, se le perdonarán. ¹⁶ *Confesad*, pues, *vuestros pecados uno a otro y orad los unos por los otros* para que seáis salvos; porque mucho vale la oración perseverante del justo» ¹⁷.

3. Primera Carta de Clemente a los Corintios

Incluimos en este grupo la carta de San Clemente Romano, papa, a los Corintios. Es un verdadero resumen de la doctrina cristiana que la iglesia de Roma envía a la de Corinto animándola a seguir firme en la fe, ante la persecución de Dominicano. Fue escrita en el período de tiempo comprendido entre los años 95 - 96 y de ella son los fragmentos siguientes:

14. F. X. FUNK, *Patres Apostolici*, I, Tubingae 1901, p. 14.

15. FUNK, *o.c.*, I, 22; X, 6.

16. FUNK, *o.c.*, I, 32; XIV, 1.

17. Sant V, 14-16.

«VII. (...) 2. Demos, por tanto, de mano a nuestras vacuas y vanas preocupaciones y volvamos a la gloriosa y veneranda regla de nuestra tradición. 3. Y veamos qué es lo bueno, qué lo agradable, qué lo acepto a la presencia de nuestro creador. 4. Fijemos nuestra mirada en la sangre de Cristo, y conozcamos cuán preciosa es a los ojos del Dios y Padre suyo, pues, derramada por nuestra salvación, alcanzó gracia de penitencia para todo el mundo»¹⁸.

Sigue con ejemplos del A. T. en que Dios exhorta a la penitencia al pueblo elegido para demostrar la voluntad salvífica de Yavé, que perdona al que se aleja del pecado, pero no habla de ningún *merecimiento* en esta forma de penitencia de la Antigua Ley, en contraposición con el texto anterior. Después de tratar una serie de temas, prosigue con la misma idea de la salvación:

«LI. 1. Roguemos, pues, nos sean perdonadas cuantas faltas y pecados hayamos cometido por asechanzas de nuestro adversario... (habla de los sediciosos y continúa). 3. *Más le vale a un hombre confesar sus caídas que no endurecer su corazón*, a la manera que se endureció el corazón de los que se sublevaron contra el siervo de Dios Moisés, cuya condenación fue patente».¹⁹

Y más adelante:

«LVI. 1. Supliquemos, pues, también nosotros por los que se hallan en algún pecado, que se les conceda modestia y humildad, a fin de que se sometan, no a nosotros, sino a la voluntad de Dios, pues de esta manera les será fructuoso el recuerdo que en lástima hacemos de ellos ante Dios y los santos... Recibamos la corrección por la que nadie, carísimos, ha de irritarse. La reprensión que mutuamente nos dirigimos es buena y sobremanera provechosa, pues ella nos une con la voluntad de Dios»²⁰.

18. PG 1, 224; VII, 14.

19. PG 1, 333; LI, 1-3.

20. LVI, 1-2, p. 228. S. Clemente emplea también el verbo ἐξομολογέω, con el sentido de hacer profesión de fe en Dios, en XXVI, 2 (cita del Ps. XXVII, 7 ó quizá LXXXVII, 11), XLVIII, 2 (cita del Ps. CXVII, 19, 20), LXI, 3, LII, 1, LII, 2 (cita del Ps. LXIII, 31-33), imprecisión terminológica que perdura hasta hoy en el lenguaje teológico de todos los idiomas.

Lo primero que sorprende en este período, cuya amplitud es de treinta años como máximo, es la insistencia sobre la necesidad de confesar los pecados, ya sea para participar en la oración común o en la Eucaristía. Los textos no definen cómo se realizaba esta confesión —bien lo sabían quienes habían de leerlos—²¹, pero sí podemos afirmar que no era algo fácil, como un simple reconocimiento general de haber pecado ante la reunión de los fieles o el sacerdote, o el simple rezo de una oración semejante a nuestro «confiteor». No se justificaría tal insistencia, ni su tono solemne, ni la doctrina de poseer los obispos o presbíteros —para nuestro tema es irrelevante la distinción, ampliamente debatida por la crítica— el poder de perdonar, según la declaración evangélica²².

Un segundo dato muy importante es que la Didaché ya distingue expresamente la confesión de la penitencia, entre ἔξομολόγησις y μετάνοια. Aunque los textos aducidos parecen reclamar para la primera un acto externo, no un simple cambio de criterio o conciencia, no puede afirmarse todavía como evidente. Sin embargo, la idea de sacramento, de algo necesario *que se realiza en la Iglesia* para el perdón de los pecados, es patente en ellos.

De momento, y siguiendo un orden estrictamente cronológico de aparición —lo que supone su convivencia a partir del año cien, setenta y cinco después del drama del Gólgota, presente aún la generación que protagonizó el primer cristianismo—, pueden resumirse los textos de la forma siguiente:

1. Evangelio de S. Mateo con el poder de las llaves. 2. Carta de S. Pablo con el precepto sobre la comunión. 3. Carta de Santiago, en que la confesión de los pecados se relaciona con la Extrema Unción. 4. Evangelio de S. Juan, con la afirmación rotunda de poder absolver o retener. 5. Los preceptos de la Didaché. 6. La carta de S. Clemente, que hace depender el perdón de la muerte en cruz de Cristo, de confesar las caídas no endureciendo el corazón y sometién-dose con modestia y humildad, no a capricho de hombre, sino a la voluntad de Dios²³.

21. Discúlpese la insistencia. Es muy importante no perder ni un momento de vista el ambiente en que se escriba cada documento.

22. Cfr. Juan ARIAS, *La pena canónica en la Iglesia primitiva*, Pamplona 1975. Aunque trate sólo de la pena canónica, sus razonamientos son aplicables a nuestro tema. De gran interés, p. 71.

23. Alguno de los textos evangélicos, o sus lugares paralelos, no han sido cita-

II. LA SEGUNDA GENERACIÓN

1. *La epístola de Bernabé*

Pasemos al estudio de la generación siguiente. La carta, atribuida falsamente a S. Bernabé apóstol por toda la tradición, incluidos Eusebio de Cesarea y S. Jerónimo, que la excluyen, sin embargo, de la lista de los libros canónicos, debió ser escrita hacia el año 130, comienzo de la construcción en Jerusalén de la nueva Elio Capitolina. Esta es la opinión más probable —así piensa Harnack—, si no ha de llevarse a la época de Nerva, del 96 al 98 —teoría avalada por Hilgenfeld, Funk y Bredenhewer—²⁴.

En dos lugares del escrito aparece la palabra confesar: en VI, 16 (27), en cita de Is. XLIX, 5; y en XIX, 12²⁵:

«No formarás bandos, sino que guardarás la paz, tratando de reconciliar a los que luchan. *Confesarás tus pecados*. No te acercarás a la oración con conciencia mala»²⁶,

en clara dependencia de la Didaché. En cambio, empleará solamente la palabra perdón al referirse, con toda evidencia, al bautismo, en XVI, 8:

«...Atender a que el templo del Señor se edifique gloriosamente, ¿de qué manera? Aprendedlo. Después de recibir *el perdón* de los pecados y por nuestra esperanza en el Nombre, *fuimos hechos nuevos*, creados otra vez desde el principio. Por lo cual, Dios habita verdaderamente en nosotros, en la morada de nuestro corazón»²⁷.

2. Aproximadamente del año 150 es la carta pseudoclementina —denominada II Carta de Clemente—, escrita en Roma por un autor desconocido, con seguridad obispo o presbítero, y enviada a Corinto. En realidad, es una homilía sobre la vida cristiana, de la que transcribimos:

dos por parecer innecesario, y porque la acumulación de citas podría dificultar la comprensión de la argumentación principal.

24. Daniel RUIZ BUENO, *Padres Apostólicos*, BAC, Madrid 1950, pp. 753-756.

25. PG 2,741.

26. XIX, 12. PG 2,780.

27. XVI, 8. PG 2,780.

«VIII. Ahora bien, mientras estamos sobre la tierra, arrepintámonos. 2. Somos, en efecto, como un pedazo de barro en manos del artífice. Porque a la manera que un alfarero cuando fabrica un vaso, si se le tuerce o rompe mientras lo tiene en las manos, lo vuelve a modelar; pero una vez que lo metió en el horno, ya no le puede hacer nada; así también nosotros, mientras estamos en este mundo, *arrepintámonos de todo corazón de los pecados* que cometimos en la carne, a fin de ser salvados por el Señor *mientras tenemos tiempo de penitencia*. 3. Porque una vez que hubiéramos salido de este mundo, ya no podemos en el otro confesarnos ni hacer penitencia».

En una estricta versión podría traducirse: «*no podemos manifestar el pecado ni cambiar de vida*». ¿A quién se manifiesta el pecado? No cabe pensar en otro que en quien tiene el poder de perdonar, según la doctrina evangélica. Pero la misma carta del Pseudoclemente añade, un poco después:

«En conclusión, hermanos, pues hemos hallado no pequeña ocasión de hacer penitencia, ya que tenemos tiempo, *convirtámonos a Dios que nos ha llamado, mientras todavía tenemos a quien nos recibe*»²⁸.

En otras palabras: al salir el hombre de este mundo por la muerte, ha quedado en él quien podía perdonarle. No es Dios el que recibe; la frase no dice que después de la muerte, Dios ya no perdona, sino que ya no hay relación entre el pecador y el que posee la capacidad de perdonar; en masculino singular en el texto griego, no se refiere a la Iglesia en general, sino a uno de sus ministros. Queda aún más explícita la diferencia entre penitencia, arrepentimiento y forma sacramental. Es interesante además la expresión «*aún tenemos a quien nos recibe*», quizá la primera vez que la absolución aparece representada por este verbo «recibir». Más adelante será la forma común de indicar el acto por el cual se concede el perdón, después de la penitencia pública decretada por la autoridad eclesiástica, para algunos pecados especialmente graves²⁹.

Y no deja de poseer el mayor interés comparar esta formulación

28. PG 1, 342; VIII, 1-2.

29. Cfr. José M. GONZÁLEZ DEL VALLE, *El sacramento de la Penitencia*, Pamplona 1972.

con la del simple perdón del pecador por Dios, que aporta S. Policarpo de Esmirna en su carta a los Filipenses, texto escrito quizá en el mismo año que el que venimos examinando:

«Mira bien, si al Señor le rogamos que nos perdone, también nosotros debemos perdonar»³⁰.

Con certeza, el primero habla de una acción sacramental, para la que emplea palabras con nuevo sentido; el segundo, sólo en la acepción corriente de perdonar, la misma raíz que la epístola de Bernabé al referirse al bautismo, citada algunas páginas antes, pero ésta con sentido sacramental.

3. *El Pastor de Hermas*

«El Pastor», escrito en Roma entre los años 141 y 155, es un libro piadoso redactado en forma de cuento didáctico. Un anciano con zurrón y cayado —el Pastor—, ángeles, virtudes que aparecen como doncellas, una mujer que rejuvenece en sucesivas entrevistas, etc., hablan con Hermas y le comunican las verdades de la fe y la forma de vida cristiana, todo bajo la alegoría —que llegará a ser tradicional en la Iglesia— de una torre que se debe construir. Al hablar de la penitencia muestra una intención clara: hacer resaltar que la posibilidad de recibir el perdón de los pecados no delibita el deber de luchar contra ellos.

Comienza el libro, sin otro preámbulo, con la descripción del pecado interno:

«1. 1. El amo que me crió me vendió en Roma a una señora por nombre Roda. A ésta, después de muchos años, la volví a reconocer y empecé a amarla como a una hermana.
2. Al cabo de algún tiempo, la vi lavándose en el río Tíber y le tendí la mano y la ayudé a salir del agua. Viendo, pues, su belleza, pensé para mis adentros, diciéndome: ¡Qué feliz hubiera sido teniendo una mujer como ésta en belleza y carácter! Esto pensé y nada más»³¹.

Enseguida pasa a narrar la primera visión. En camino hacia Cu-

30. Carta de S. Policarpo de Esmirna, VI, 2. PG 5,1009.

31. Lib. I, visión 1, cap. 1. PG 2,891-893.

mas, cae en un sueño en el que hace oración a Dios y confiesa ante El sus pecados. Se «le aparece aquella mujer y le acusa de haber pecado contra ella. Hermas se sorprende, y la mujer le explica:

—*A tu corazón subió el deseo de maldad. ¿O es que no crees tú ser cosa mala para un hombre justo que el mal deseo suba a su corazón? Sí, pecado es, y grande* —dijo—³².

Después de una exhortación a la penitencia, se retira la mujer. Hermas queda triste.

«2. 1. ...Porque me decía a mí mismo:

—Si un pecado como éste se me tiene en cuenta, ¿cómo podré salvarme? ¿O cómo lograré aplacar a Dios por mis pecados consumados? ¿O con qué palabras rogaré al Señor que me sea propicio?»³³.

Corta el hilo de sus pensamientos una mujer anciana de vestido brillante, sentada sobre un trono cubierto de lana blanca, que insiste sobre la gravedad del pecado:

«—¡En manera alguna cosa tal dice con un siervo de Dios! Sin embargo, cierto es que a tu corazón subió deseo de ella. Ahora bien, semejante deseo acarrea pecado a los siervos de Dios. *Consejo malo, en efecto, y terrible es para un espíritu del todo santo y ya probado el desear una obra perversa...*»³⁴.

Termina esta visión con el descubrimiento del enigma de la mujer vieja: es la Iglesia, que aparece vieja porque es anterior a la creación, y motivo de ella³⁵.

El tema «hay una segunda penitencia después del bautismo» llega a ser obsesivo a lo largo de todas las páginas que siguen³⁶. El fragmento más importante corresponde al «Mandamiento cuarto», a propósito de la virtud de la castidad, y después de afirmar de nuevo la realidad del pecado interno:

32. Hermas, I, visión 1, cap. 2. PAG. 2,894.

33. I, visión 1, cap. 2. PG 2,894.

34. Hermas, I, visión II, 3-4; L. I, cap. 2. PG 2,894.

35. L. I, cap. 2. PG 2,894.

36. Cfr. II, visión 2, 4-5, penitencia hasta un día prefijado, para los fieles; hasta el último, para los gentiles, III visión, 15, 6; II, 1; III, 2; V, 4; VII, 1; 4 —con una clara alusión al purgatorio— XIII, 4, IV visión, I, 3; II, 5; V visión, 7-8 (tiene sólo un apartado). La palabra empleada es siempre *μετάνοια*, y

«1. 1. —Te mando —me dijo—, que guardes la castidad y no suba a tu corazón deseo alguno de mujer ajena... 2. Porque si este deseo subiese a tu corazón, pecarás; y si otras cosas igualmente malas, cometerás pecado, *pues tal deseo es para un siervo de Dios pecado grave*»³⁷.

En respuesta a algunas cuestiones que propone Hermas, el Pastor establece la doctrina sobre el adulterio: Ha de separarse el esposo de su mujer adúltera. Hermas pregunta:

«1. 7. —Ahora bien, Señor; si después de haber sido repudiada, la mujer hiciere penitencia y quisiere volver a su marido, ¿no habrá de recibirla?

1. 8. —Antes bien —me contestó—, si el marido no la recibe, pecado, y grande por cierto, es el pecado que carga sobre sí. *Sí, hay que recibir a quien pecare, pero si hace penitencia. Sin embargo, no muchas veces, pues sólo una penitencia se da a los siervos de Dios.* Así, pues, por la posibilidad de penitencia de la mujer, no debe casarse el hombre. Y esta obligación corre por igual para el hombre que para la mujer.

1. 10. La razón de por qué se os ha ordenado permanecer solos, trátase de hombre o mujer, es porque en tales pecadores queda posibilidad de penitencia. 1. 11. Ahora bien —concluyó—, yo no quiero dar pretexto para que este caso se lleve a la práctica, sino que quiero que quien ha pecado no vuelva a pecar más. Mas, por lo que atañe al pecado pasado, hay quien pueda curarle: Aquel que tiene poder sobre todas las cosas»³⁸.

Con el mismo verbo —recibir, *παράδεχομαι*— que en la Pseudoclementina, la expresión «hay que recibir a quien pecare» va adquiriendo un tinte de paradigma, de frase hecha.

Un poco más adelante, después de explicar que la penitencia y el arrepentimiento proceden de entender la verdad más profundamente, continúa:

«3. 1. ...Señor —le dije—, he oído decir de algunos doc-

precisamente aquí, al aparecer el Pastor, le llamará ὁ ἄγγελος τῆς μετανοίας, el Angel de la Penitencia, que entrega los preceptos a Hermas. II Mandamiento, 7.

37. Hermas, Mandamiento IV, I, 1-2. PG 2,981.

38. Hermas, Mandamiento IV, I, 4-8. PG 2,917-918.

tores que no hay otra penitencia fuera de aquella en que bajamos al agua y recibimos la remisión de nuestros pecados pasados.

3. 2. —Has oído —me contestó— exactamente, pues así es. El que, en efecto, recibió una vez el perdón de sus pecados, no debiera volver a pecar más, sino mantenerse en pureza.

3. 3. Mas, puesto que todo lo quieres saber puntualmente, quiero declararte también esto, sin que con ello intente dar pretexto para pecar a los que han de creer en lo venidero, o poco ha creyeron en el Señor. Porque quienes poco ha creyeron o en lo venidero han de creer, no tienen lugar a penitencia de sus pecados, sino que se les concede sola remisión, por el bautismo, de sus pecados³⁹ pasados.

3. 4. Ahora bien, para los que fueron llamados antes de estos días, *el Señor ha establecido una penitencia*. Porque como sea el Señor conocedor de los corazones y previsor de todas las cosas, conoció la flaqueza de los hombres y que la múltiple astucia del diablo había de hacer algún daño a los siervos de Dios, y que su maldad se ensañaría con ellos.

3. 5. *Siendo, pues, el Señor misericordioso, tuvo lástima de su propia hechura, y estableció esta penitencia, y a mí me fué dada la potestad sobre esta penitencia*. 3. 6. Sin embargo, yo te lo aseguro —me dijo—: si después de aquel llamamiento grande y santo, alguno tentado por el diablo, pecare, sólo tiene una penitencia; mas si a la continua pecare y quisiere hacer penitencia, sin provecho es para hombre semejante, pues difícilmente vivirá⁴⁰.

Hacer penitencia, segunda penitencia, se compara aquí con toda claridad al sacramento del bautismo, posterior a él. Es algo definitivo, realizado en un período de tiempo, con comienzo y fin. Así ocurre, por citar un fragmento transcrito, con la mujer adúltera, que ha de ser recibida por el marido inocente al final de su penitencia, diferenciada del arrepentimiento y del propósito de enmienda.

Imprecisa es la figura del Pastor, «ángel de la penitencia», que otorga el perdón o, al menos, determina cuándo se ha alcanzado. No

39. Esto es, a los neófitos, catecúmenos y paganos, que en el futuro vengan a la fe.

40. Hermas, Mandamiento IV, III, 1-7. PG 2,919.

es ni Dios Omnipotente ni Jesucristo⁴¹. Hermas no declara este enigma, como, en cambio, lo hace con la mujer anciana. Dadas las características de pastor con zurrón y callado, a quien el autor «ha sido entregado» para «habitar con él todo el resto de los días de su vida»⁴², lo más lógico es pensar que representa al Obispo o al presbítero. De ser ello así, la doctrina sobre la penitencia quedaría muy clara.

No haremos uso de esta interpretación en el presente estudio. Baste concluir que Hermas reconoce la existencia del pecado interno y una penitencia para todo tipo de pecado cometido después del bautismo, penitencia concreta y definida en el tiempo⁴³. Pero es interesante recordar que en la época en que se escribe «El Pastor» está presente ya la herejía montanista con sus «pneumáticos», espirituales, que se oponen a todo lo que pueda suponer una organización jurídica, una sucesión apostólica⁴⁴. Quizá el deseo de no enfrentarse con ellos fue el motivo por el cual Hermas elige una forma tan velada de expresión.

4. *Tertuliano*

Tertuliano, el gran africano, escribe hacia el año 197, en su tratado sobre la penitencia:

«7. ¡Oh Jesucristo, Señor mío!, concede a tus servidores la gracia de conocer y aprender de mi boca la disciplina de la penitencia, pero en tanto en cuanto les conviene para no pecar; con otras palabras, que después (del bautismo) *no tengan que conocer la penitencia ni pedirla*. Me repugna mencionar aquí la segunda, o por mejor decir, en este caso la última penitencia. Temo que al hablar de un remedio de penitencia que se tiene en reserva, parezca sugerir que existe todavía un tiempo en que se puede pecar. No quiera Dios que nadie interprete mal mi pensamiento, haciéndonos decir que con esta *puerta abierta a la penitencia* existe, por consiguiente, ahora una puerta abierta al pecado, como si la sobreabundancia de la misericordia del cielo implique un derecho para la

41. Se deduce de varios pasajes del libro. Véase, por ejemplo, *Epilogo a los Mandamientos*, XII Mandamiento, LIII, 2-IV, 4. PG 2,917-926.

42. V visión, 1-4. L. II, Proemium. PG 2,914.

43. Cfr. nn. precedentes.

44. Cfr. nn. precedentes.

temeridad humana. Que nadie sea menos bueno porque Dios lo es tanto, *arrepintiéndose de su pecado tantas veces cuantas alcanza el perdón!*⁴⁵.

Algo antes expuso la crudeza de la penitencia pública, a la que aplica expresamente el término de *exomológesis*, en un texto que no deja de ser contradictorio; puede abreviarse así lo que Tertuliano escribe, aunque necesariamente la cita ha de ser extensa:

«4. Pues para *todos los delitos cometidos por la carne o por el espíritu, de hecho o por voluntad*, quien destinó un castigo por el juicio, él mismo prometió perdón por la penitencia (...). Pecador semejante a mí (pero ciertamente menor, pues reconozco mi preeminencia en los delitos) arrójate a ella (...). Ella te librará de sumergirte en el oleaje de tus pecados y te conducirá al puerto de la divina clemencia (...)»⁴⁶.
6. ¡Qué necio es no abrazarse a la penitencia y aplazar el perdón de los delitos y dejar escapar la merced. *Porque el Señor instituyó el adjudicar el perdón a este precio*. Con esta compensación de la penitencia ofrece ser redimido el desenfreno (...)»⁴⁷.

E inmediatamente surge la primera contradicción:

«Proveyendo Dios a un veneno (el de los demonios, según el contexto), al quedar cerrada ya la puerta de la inocencia y obstruida la cerradura del bautismo, permitió que todavía quedara algo abierto. *Colocó en el vestíbulo la penitencia segunda, la cual abre a los que llaman, pero una sola vez, en verdad, la segunda; pero nada más, porque la siguiente es sin valor*. ¿No es la primera suficiente? Tienes lo que ya no merecías: porque arrojaste lo que mereciste»⁴⁸.

¿Cómo hacer compatible la primera exhortación a arrojarse a la penitencia, si sólo es válida una vez? ¿Por qué dice que es necio apla-

45. PL 1, 1240.

46. PL 1, 1233: «Omnibus ergo delictis, seu carne, seu spiritu, seu factu, seu bus patefaciat; ut iam semel, quia iam secundo, ut amplius numquam, quia proxima poenitentiam spondit».

47. PL 1, 1237: «Hoc enim pretio Dominum veniam addicere instituit».

48. PL 1, 1241: «Collocavit in vestibulo poenitentiam secundam, quae pulsantibus patefaciat; ut iam semel, quia iam secundo, ut amplius numquam, quia proxima frustra».

zar el perdón? ¿No será, en este supuesto, precisamente lo prudente? Se da cuenta Tertuliano de esta incoherencia e intenta subsanarla, casi a renglón seguido. Escribe:

«Ciertamente no ha de abolirse y destruirse continuamente el ánimo con la desesperación, si alguien fuera deudor de la segunda penitencia; sabiamente se arrepiente de pecar, pero no se arrepienta de hacer penitencia; *arrepíentase de estar de nuevo en peligro, pero no se arrepienta de ser liberado. Nadie se avergüence; cuantas veces se repita la enfermedad, tantas veces ha de repetirse la medicina; nacerás grato al Señor si no rehusas lo que el Señor te ofrece; ofendiste, pero puedes todavía reconciliarte. Tienes a quien satisfacer, que, en verdad, te es propicio*»⁴⁹.

Afirma Tertuliano que el Señor ofrece el perdón después de una práctica penitencial que ha de estar determinada, al menos en el tiempo de su duración, para que el nuevamente pecador tenga que repetirla, y, aunque no lo diga, es obvio que esto sólo puede determinarlo la Iglesia, ya sea a través del obispo o del presbítero, o de una doctrina general. Me parece que en todo el tratado «De poenitentia» Tertuliano calla, por estar ya sumergido en los rigorismos que le llevarán al montanismo, aquello que se encuentra —como veremos— reflejado en otros autores contemporáneos: la manifestación del pecado y la absolución sacramental. De ahí esta alternancia incoherente de párrafos. Más adelante prosigue, dándonos la razón en nuestro supuesto de ser necesaria la delimitación de los actos penitenciales, interpretando, a su modo, la palabra griega *exomológesis*, y encubriendo la acción sacramental:

«8.—Cuanto más estricta sea la necesidad de esta segunda y única penitencia, tanto más laboriosa ha de ser la prueba, para que no la ofrezca la sola conciencia, sino que sea administrada en algún acto. Este acto se designa frecuentemente con una palabra griega, y es la *exomológesis*, en el cual confesamos a Dios nuestro pecado, no como desconocido, sino porque la satisfacción queda ordenada por la confesión, a tra-

49. PL 1, 1241-1242: «Pigeat sane peccare rursus, ut rursus poenitere non pigeat; pigeat iterum periclitari, sed non iterum liberari. Neminem puteat; iteratae valetudinis iteranda medicina est; gratus in Dominum exstiteris, si, quod tibi Dominus offert, non recusaveris; offendisti, sed reconciliari adhuc potes».

*vés de la confesión nace la penitencia, y con la penitencia queda Dios aplacado. La exomológesis es pues el arte de humillarse y rebajarse el hombre, y atrae juntamente la misericordia; regula su compostura externa y su alimentación, manda que se acueste sobre saco y ceniza, que cubra su cuerpo de harapos, que entregue el alma a una tristeza profunda, que aquella que pecó se transforme por medio de un trato severo; por lo demás, que la comida y la bebida sean lo puramente necesario, es decir, no por halago del cuerpo, sino para sostener la vida; nutre además la oración con el ayuno; gime, llora y lamentate de día y de noche ante el Señor tu Dios; prostérnate ante los presbíteros y arrodíllate ante los amigos de Dios, une tu plegaria a la de todos tus hermanos como tus intercesores. Toda esta exomológesis es necesaria para dar valor a la penitencia, para honrar al Señor por el temor del peligro, para que, hecha pública, se extinga en el pecador el motivo del enojo de Dios, para que, por medio de la aflicción temporal, no podamos decir que burla los suplicios eternos, sino que los borra. Cuanto más humilla al hombre, más le eleva; cuanto más le viste suciamente, le vuelve más limpio; cuanto le acusa, le excusa, cuanto le condena, le absuelve. Cree que en tanto mirará Dios por ti en cuanto tú no tengas consideración de ti mismo*⁵⁰.

10. Con todo presumo que muchos esquivan esta acción o la difieren de día en día, como si trataran de subastarse a sí mismos, teniendo más presente su vergüenza que su salvación. Ciertamente ofrece grandes ventajas a la vergüenza el ocultar el pecado, pero ¿pensamos que al sustraer algo al conocimiento de los hombres, lo ocultamos también a Dios? ¿Acaso es mejor permanecer oculto y condenado que ser absuelto públicamente?»⁵¹.

¿Cómo pensar que estas prácticas han de verificarse repetidas veces en la vida de un hombre? No puede ser ésta la práctica de la Iglesia, y no lo era. En el tratado «De pudicitia», años más tarde (217-223), no oculta ya Tertuliano su negación de la absolución sacramental: niega simplemente a la Iglesia este poder, y, dato interesante, no hace alusión en este texto a las duras prácticas penitenciales.

50. PL 1, 1243-1244.

51. PL 1, 1244-1245.

«1. Digo también haber salido un edicto y, por cierto, perentorio. No menos que el Pontífice Máximo, es decir, el obispo de los obispos, proclama: 'Yo perdono los pecados de adulterio y fornicación a los que han hecho penitencia'»⁵².

Testimonio de que el perdón, que niega pueda ser otorgado por la Iglesia, ésta no lo juzgaba consecuencia de actos penitenciales, por muy duros que fueran, sino de la absolución concedida por quien posee este poder en la Iglesia, conocido el pecado, según se desprende del mismo texto.

Y añade en un argumento, bien pobre por cierto:

«Y deseo conocer tu pensamiento, saber qué fuente te autoriza a usurpar este derecho para la «Iglesia». Si, porque el Señor dijo a Pedro: 'Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia', 'a ti te he dado las llaves de los cielos', o bien 'Todo lo que desatares sobre la tierra, será desatado; todo lo que atares será atado en el cielo' presumes que el poder de atar y desatar ha llegado hasta ti, es decir, a toda la Iglesia que esté en comunión con Pedro, ¿qué clase de hombre eres? Te atreves a pervertir y cambiar totalmente la intención manifiesta del Señor, que no confirió este privilegio más que a la persona de Pedro. 'Sobre ti edificaré mi Iglesia', le dijo El; 'a ti te daré las llaves', no a la Iglesia. 'Todo lo que atares o desatares' etc. y no todo lo que ataren y desataren... Por consiguiente el poder de atar o desatar, concedido a Pedro, no tiene nada que ver con la remisión de los pecados capitales cometidos por los fieles... Este poder, en efecto, de acuerdo con la persona de Pedro, no debía pertenecer más que a los hombres espirituales, bien sea apóstol, bien sea profeta»⁵³.

Diatriba que da testimonio del uso de la Iglesia hasta este momento, concorde con la recomendación a los obispos de la «Didascalia Apostolorum» siríaca, aproximadamente de la misma fecha.

5. *La «Didascalia Apostolorum»*

Este texto fue escrito por un obispo, seguramente de origen ju-

52. PL 2, 980.

53. PL 2, 980.

dío, para el régimen de una Iglesia siria, probablemente en los primeros decenios del siglo III.

Puede decirse que la Didascalia comienza declarando la importancia del pecado interno; después de ordenar al fiel, en breves líneas, que cumpla todo lo que Dios ha comunicado a los hombres, dice:

«Abstente, por tanto, de toda avaricia y malicia, y no desees nada con concupiscencia; porque está escrito en la ley: «No desearás la mujer de tu prójimo, ni su esclavo ni su esclava, porque todo lo que es tal pensamiento, es del maligno». Porque el que deseó la mujer del prójimo, o a su esclavo, o a su esclava, ya es adúltero o ladrón y juzgado como corruptor por nuestro Señor y doctor Jesucristo, para el que es toda la Gloria, por los siglos, amén»⁵⁴.

Sigue el capítulo segundo desarrollando la cita de Mat. V, 27 y ss., a que se refería en las líneas transcritas, enumerando que es ladrón quien desea la oveja, el asno, o el campo ajeno, es homicida quien anhela la muerte de un hombre, para pasar a una amplia lista de pecados externos, entre los que se encuentra leer «Libros gentiles»⁵⁵.

Ciertamente la Didascalia no hace diferencia entre la penitencia pública y privada, limitándose a emplear los verbos «hacer penitencia», admitiendo que todos los pecados se perdonan, excepto la falta de arrepentimiento de la herejía. Ahora bien, si se tiene en cuenta que habla de toda clase de pecados, incluso el interno de desear los bienes del prójimo, no puede pensarse que se refiera con estos vocablos exclusivamente a la exomológesis pública. Además, el tono suave y las constantes recomendaciones a los obispos de ser misericordiosos no concordarían con este rigorismo⁵⁶.

La potestad de absolver de los obispos queda reflejada en varios pasajes, siendo los siguientes los más significativos:

«Así, pues, ha sido dicho por los apóstoles a los obispos: «El que a vosotros oye, a mí me oye, y el que a vosotros rechaza a mí me rechaza, y a aquél que me envió» (Lc. X, 16). De la misma manera *el obispo perdona con dulzura lo que está da-*

54. Didascalia I, edic. E. TIDNER, *Didascalia Apostolorum canonum ecclesiasticorum traditionis Apostolicae versiones latinae*, Berlin 1963, pp. 2-3.

55. Didascalia III, E. TIDNER, p. 5. No se transcriben los textos, por conocerse sólo la versión latina o siríaca, no el texto griego. Pero la observación hecha es rigurosamente cierta, al desprenderse de la observación de todo el texto y el contexto.

56. Cfr. Didascalia XVI.

ñado, llevando el rostro de Cristo. Por ti el Salvador dice a éstos que pecaron: ¡Te son perdonados tus pecados! Tu fe te ha salvado, vete en paz! (Mt. IX, 2; Lc. VII, 50; VIII, 48; XVII, 19; Mc. V, 54; X, 52). La paz ciertamente es la Iglesia benigna, en la cual se liberan aquellos que pecaron, los vuelve sanos, inmaculados, portando la buena esperanza, eficaces, dolientes en las obras, como el médico perito y misericordioso sana a todos los que están llagados por los pecados. «Porque no tienen necesidad de médico aquellos que están sanos, sino los que están enfermos» (Mt. IX, 12). Así, pues, como médico constituido en la Iglesia, no quiere dejar de ofrecer la medicina a aquellos que están enfermos en el pecado, sino que de todas las maneras (posibles) los cuida y sana y los vuelve íntegros a la Iglesia, para que no incurras en aquellas palabras que dice el Señor: «Los dominabas con violencia y dureza» (Ez. XXXIV, 4)»⁵⁷.

Es interesante recordar todo el texto de Ezequiel, en que el Hijo del hombre profetiza contra los pastores de Israel: «No confortasteis a las flacas, no curasteis a las enfermas, no vendasteis a las heridas, no redujisteis a las descarriadas, no buscasteis a las perdidas, sino que las redujisteis con violencia y con dureza», cuyo último versículo cita la Didascalia, de nuevo, más adelante.

«No quieras, ni austero, ni duro, ni insaciable, ni sin misericordia, maltratar al pueblo, que está ligado bajo ti, ocultándole el lugar de la penitencia. Porque esto es lo que dice: «Y las dominasteis con violencia y con dureza»⁵⁸.

Sigue insistiendo en la obligación que tiene el obispo de recibir a penitencia y perdonar toda clase de pecados, citando, en el capítulo XX, a Is. LIX, 7-8, las palabras del Señor: «Perdonad y seréis perdonados» (Lc. VI, 37; Mt. VI, 14), la oración dominical (Mt. VI, 12), refiriéndose ahora claramente a la expulsión de la Iglesia, a la que califica, si el pecador estuviera arrepentido, de crimen mayor que el homicidio, para terminar transcribiendo entera la oración de Manasés (IV Reg. IX, 1-14; II Par. XXXIII, 1-10), y recordando otros pasajes del Antiguo Testamento, hasta concluir:

58. *Didascalia* XIX, E. TIDNER, p. 32.

57. *Didascalia* XVII-XIX, E. TIDNER, pp. 30-31.

«De la misma manera, ¡oh Obispo!, cuida, todo cuanto puedas, a aquéllos que no pecaron, para que permanezcan sin pecado. Pero si no recibes al penitente⁵⁹, porque no tienes misericordia, pecarás en el Señor Dios, porque no estás convencido si existe Dios Salvador Nuestro, para hacer, como él hizo con aquella mujer, que había pecado, cuando los ancianos la pusieron ante él, y dejando en él el juicio, se marcharon. El conocedor de los corazones le preguntó, si la habían condenado los ancianos. Y como dijese: 'no', le dijo 'Marcha, tampoco yo te condeno' (Io VIII, 3, 9-11). Conviene, ¡oh Obispos!, que en esto tengáis como ejemplo al rey y salvador nuestro, y seáis mansos, suaves, sin extrañezas, misericordiosos, pacíficos...»⁶⁰,

terminando el capítulo con una larga enumeración de las virtudes episcopales, todas en torno a la moderación. Es evidente la ausencia de penitencia pública en la recomendación anterior, y la acusación del pecador.

En resumen, la Didascalia afirma la gravedad del pecado interno, y que todos, internos y externos, reciben el perdón del obispo, quien debe mostrarse misericordioso y amable con los pecadores; perdón que constituye una verdadera absolución en el sentido teológico actual de la palabra, acción realizada en nombre de Cristo. Puede afirmarse que habla solamente de penitencia sacramental, sin diferenciar en pública o privada, aunque sí trata, en algún caso, de la expulsión de la Iglesia, de la excomunión.

6. *Hipólito de Roma*

En el año 215 fue escrita en Roma la «Tradición apostólica», muy posiblemente por S. Hipólito. En la oración que ha de recitarse sobre el Obispo en su ordenación, dice:

«Dios y padre de Nuestro Señor Jesucristo, padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que habitas en lo excelso y recibes lo humilde... efunde aquel poder, que procede Ti, que diste a tu amado hijo Jesucristo, el cual lo dio a

59. Quasten traduce: «a los que se arrepienten». Cfr. Johannes QUASTEN, *Patrología*, I, Madrid 1961, p. 440.

60. *Didascalia*, XXIV, E. TIDNER, pp. 39-40.

los santos Apóstoles... Da, Padre, conocedor del corazón, sobre este siervo tuyo, que elegiste para el episcopado, apacentar tu grey santa y mostrarle el primado del sacerdocio... *tener con el espíritu primero del sacerdocio la potestad de perdonar los pecados según tu mandato*, que distribuya las partes según tu precepto, y de desatar toda atadura, *según la potestad que diste a los Apóstoles*, ofreciéndote el aroma de suavidad, por tu hijo Jesucristo, por quien (es) para ti la gloria y el poder y el honor, Padre e Hijo con el Espíritu Santo, ahora y por los siglos de los siglos. Amén» ⁶¹.

Es una clara exposición de la potestad y el deber que corresponde al obispo de perdonar los pecados, recibidos una y otro de Jesucristo, a través de los Apóstoles.

7. Orígenes

Unos diez años más tarde, hacia el 225, escribía Orígenes en sus homilías, auténtico ejemplo de la predicación sencilla al pueblo de su ciudad:

«... dura y laboriosa es la remisión de los pecados por la penitencia, lavando con lágrimas el pecador su lecho, sus lágrimas son su alimento día y noche y *no avergonzándose de decir su pecado al sacerdote del Señor y pedir la medicina*» ⁶².

Es interesante observar que estas frases las escribe Orígenes después de aportar una lista de acciones que comportan el perdón: el bautismo como la primera; la pasión de los mártires, la limosna, el perdón de las ofensas inferidas por el prójimo; el consejo de quien convierte al pecador, la abundancia de la caridad, y, por último, cerrando la lista, como la abrió el bautismo, la penitencia, en el párrafo transcrito, en cuyo favor cita la Epístola de Jacobo (V, 4). Algo más adelante escribe:

«Oye lo que manda el orden de la Ley: 'si pecó', dice alguno de ellos, diga el pecado 'que pecó' (Lev V, 5). Algún mara-

61. *Traditio Apostólica* (en continuación, aun en enumeración de capítulos, de la Didascalia, LXVIII, 12-LXIX, 13), E. TIDNER, pp. 119-123.

62. *In Lev. Hom.*, II, 4. PG 12,417. No se transcriben los textos conservados sólo en las traducciones latinas de Rufino o S. Jerónimo. Cfr. nota 55.

villosa secreta se halla en este *mandar decir* el pecado. Ciertamente han de ser dichos en público y proferidos todos los que hicimos. Aquello que hicimos en oculto o cometimos sólo en el secreto del pensamiento, será todo publicado y revelado por aquel que es instigador y acusador del pecado. El mismo nos instiga ahora para que pequemos, y él mismo nos acusará si pecamos. Pero si en la vida nos anticipamos a él, y nos volvemos acusadores de nosotros mismos, escapamos de las maldades del demonio, nuestro enemigo y acusador... *Ve, por ello, cómo al decir el pecado se merece la remisión del pecado*»⁶³.

Sigamos con la predicación de Orígenes. Después del año 244 escribe:

«Mira, pues, lo que nos enseña la Escritura divina, porque no conviene ocultar el pecado interiormente. Porque, quizá como aquellos que tienen dentro encerrada comida indigesta... si vomitare, se alivia así, en los que pecaron, *si oculta y retiene dentro de sí el pecado*, es urgido desde dentro, y del mismo modo sofocado por las flemas y los humores del pecado. Pero si se hace acusador de sí mismo, *cuando se acusa a sí mismo y se confiesa*, de la misma manera vomita el delito, y desaparece la causa de la enfermedad. *Observa con cuidado a quién confiesas tus pecados*; pon a prueba el médico para saber si es débil con los débiles y si llora con los que lloran. *Si él creyera necesario que tu mal sea conocido y curado en presencia de la asamblea reunida, sigue el consejo del médico experto*»⁶⁴.

El pecado es —o puede ser—, por tanto, sólo conocido por el pecador. Ha de manifestarlo al sacerdote —o al obispo, no estudiamos ahora este tema— y a este último es a quien compete si ha de pasar a penitencia pública, o es absuelto en privado, por tanto, con una penitencia que no le aparta de la asistencia a las reuniones litúrgicas ni de la comunión.

Un poco antes, hacia el 233, diría Orígenes:

«Si pecásemos, debemos decir: "Te confesaré mi pecado y no

63. *In Lev. Hom.*, II, 3, 4. PG 12,429.

64. *In Lev. Hom.*, II, 4. PG 12,417.

ocultaré mi falta. Dije: confesaré al Señor contra mí mis delitos' (Ps. 32, 5). Si hiciésemos esto y revelásemos nuestros pecados no sólo a Dios, sino a aquéllos que pueden remediar nuestras heridas y pecados, serán borrados por aquél que dice: 'He borrado como una nube tus delitos, y como niebla tus pecados' (Is. 44, 22)»⁶⁵.

Textos cuya correspondencia es absoluta con los anteriores.

Es interesante no pasar por alto que tal nitidez coincide con su género literario, la homilía. Los demás, hasta ahora transcritos, fueron cartas —en que tanto se da por supuesto y por sabido—, resúmenes teológico-litúrgicos, oraciones e incluso fantasías didácticas con deseos de apocalipsis, este último de doctrina dudosa por cierto. Todos ellos aportan noticias históricas, pero deben interpretarse, en lo que dicen y en lo que callan, según su género, y la homilía, la enseñanza sencilla a los fieles, sorprende casi siempre, cuando se encuentra, por su dicción directa.

La facultad sacramental de perdonar los pecados que posee el sacerdote es explicada por Orígenes, unos treinta años después de que Tertuliano escribiera su «De Poenitentia», en su tratado «Sobre la Oración», escrito hacia el año 231:

«Lo que dice San Lucas 'perdónanos nuestros pecados' —ya que los pecados se originan al no pagar lo que debemos—, eso mismo lo dice San Mateo, que no parece referirse a quien sólo quiere perdonar a los deudores arrepentidos, ya que aduce la descripción del Salvador por la cual hemos de añadir a la oración 'puesto que nosotros perdonamos a todos nuestros deudores'. Todos, por tanto, tenemos la facultad de perdonar los pecados que van dirigidos contra nosotros, como parece claro de la expresión 'así como nosotros perdonamos a todos nuestros deudores'. *Más aquél sobre quien Jesús sopló como sobre los Apóstoles*, y que puede por sus frutos manifestar que ha recibido el Espíritu Santo y que se ha hecho espiritual, porque se conduce por el Espíritu de Dios al modo del Hijo de Dios en todo lo que razonablemente se ha de hacer, *éste perdona lo que perdonaría Dios y retiene los pecados incurables* sirviendo —igual que los profetas servían a Dios expresando, no sus palabras propias, sino las que Dios

65. *In Lucam Homiliae*, 17. PG 13,1846.

quería— sirviendo, digo, también él al único que tiene potestad de perdonar que es Dios»⁶⁶.

El sabor montanista de este párrafo desaparece en el siguiente. Este «hombre que se ha hecho espiritual» es el sacerdote de la Nueva Ley:

«Estas son las palabras que en el Evangelio de San Juan nos hablan del perdón que han de otorgar los Apóstoles: 'Recibid el Espíritu Santo; a quien perdonareis los pecados les serán perdonados y a quien se los retuviereis les serán retenidos' (Io. XX, 23). Si estas palabras se reciben sin ponderarlas, *se acusaría a los Apóstoles de no perdonar a todos en una especie de amnistía general y de retener a algunos sus pecados, con lo que a causa de ellos también se los retiene*»⁶⁷.

El primer grupo de los documentos estudiados ocupa los ochenta y cinco años siguientes a la muerte del Salvador. Todos ellos siguen vivos y vigentes en el período que se acaba de describir, un poco más largo, del 110 al 235. Puede resumirse así, reanudando la numeración entonces interrumpida:

8. Epístola de Bernabé, unos treinta y cinco años posterior a la de San Ignacio. Distingue confesión y penitencia, como los textos anteriores. 9. Carta II de Clemente o pseudoclementina, quince años más tarde, en la que se habla de arrepentimiento, penitencia y confesión antes de la muerte, «mientras tenemos a quien nos recibe». 10. El Pastor de Hermas, de la misma fecha, con el precepto de recibir a quien pecare y ha hecho penitencia, razón por la que el esposo o la esposa inocente tiene que esperar sin contraer nuevo matrimonio a la parte infiel. 11. Tertuliano, hacia el año 200, escandalizado del poder de perdonar y retener de los obispos que, según él, es propiedad de los espirituales, y de la declaración de Pontífice Máximo de poder perdonar el adulterio y la fornicación —que, por tanto, ha de conocer—. Y, casi contemporáneas, 12. La *Didascalia Apostolorum* que recomienda a los obispos la clemencia, para no escandalizarse de la gravedad de los pecados. 13. La oración recogida por Hipólito de Roma, recitada en la consagración de un obispo, en que se impetra de Dios sobre él el poder de perdonar. 14. Por último, hacia el año 230,

66. ORÍGENES, *Libellus de oratione*, XVIII, 28. PG 11,527-528.

67. ORÍGENES, *Libellus de oratione*, XVIII, 28. PG 11,527-528.

unos diez años más tarde, las homilías de Orígenes, en que la necesidad de ser confesado el pecado por el penitente al sacerdote aparece formulada de manera absolutamente inequívoca.

Desde la predicación de Pedro en Pentecostés hasta las homilías de Orígenes transcurren unos doscientos años, pero no permitamos que los cerros de la cifra produzcan en nosotros una falsa idea: este tiempo es muy corto. Si suponemos una transmisión de la doctrina de padres a hijos, en que un padre de treinta años comienza la instrucción de su hijo cuando éste alcanza los diez, el número de transmisiones es de seis. Y ello se da no en una sola línea, sino en muchas paralelas que comienzan en momentos y lugares distintos. Esto justifica el nombre de «generaciones» que se ha dado a los epígrafes.

Los documentos de este época emplean normalmente las palabras «confesar», «confesemos», en un contexto que exige como interpretación primera y más lógica la de confesar el pecado al sacerdote o al obispo. Cualquier otra interpretación es rebuscada, y, salvo en el caso del «Pastor», no corresponde con la naturaleza del mismo escrito. Puede además añadirse que, si en cada documento cabe la posibilidad, aun como menos probable, de otra interpretación, es imposible en el conjunto de ellos. Por último, los textos de Orígenes, que no ofrecen ninguna duda respecto a su significado, no motivaron ninguna polémica, cosa que se hubiera producido con toda seguridad de no haber sido la confesión oral un uso pacíficamente admitido y ejercitado en la Iglesia desde la misma predicación apostólica.

III. CONCLUSIONES

La exposición, muy sucinta según la naturaleza de este trabajo, de las reflexiones que se originan en la lectura de las anteriores páginas y del examen de los textos aportados, junto con algunas advertencias para un futuro desarrollo del mismo, puede resumirse en los siguientes puntos:

1. Habida cuenta de la realidad de una cristiandad pecadora que conoce la doctrina evangélica de la gravedad del pecado, incluso del interno, no se entienden los textos si no suponen, de manera más o menos implícita, la penitencia privada, con la manifestación secreta de la culpa al sacerdote o al obispo, y la recepción de la absolución y de la satisfacción.

2. La superposición de los textos obliga a traducir ἐξομολογέω por *manifestación del pecado*, coincidiendo con la significación primaria del vocablo griego, inserto ahora en la vida cristiana. El contexto de cada documento terminará de precisar su sentido. No hay ninguna razón para restringir este significado a penitencia pública, a pesar de la explicación de Tertuliano. El hacerlo así, tomando como norma lo que precisamente es nota discordante en las citas aducidas, procedente, además, de un autor cuya ortodoxia es dudosa en el tiempo en que escribe esas líneas, lleva —ha llevado de hecho— a negar la penitencia privada como práctica de la Iglesia, retrasándola hasta el S. VII, y obliga a forzar, de forma absolutamente inadmisibles, los escritos de los Padres —S. IV al VI—, no examinados aquí, pero del mayor interés, pues corroboran en absoluto la anterior tesis.

3. De la misma forma, μετανοέω tiene la acepción primaria de arrepentirse.

4. Para los dos anteriores, y para el resto de los términos que se hayan de estudiar, no puede olvidarse que asistimos al nacimiento de una terminología cristiana realizada sobre vocablos viejos. El intento de asignarles un significado rígido conduce necesariamente a errores de interpretación, que se evitan, precisamente, no sacándoles de su contexto histórico, según se manifestó en 1.

5. Como conclusión final, no puede dudarse de la práctica de la penitencia privada, con manifestación de los pecados por el penitente a la persona que tiene el poder de absolver, en los cuatro primeros siglos de la Iglesia.

Pasemos a las advertencias:

6. Por la naturaleza breve de esta comunicación, he tenido que reducir al máximo el número de textos recopilados, eligiendo los que me han parecido más representativos.

7. En este momento estoy realizando un trabajo de revisión de documentos aún no analizados, incluyendo la Patrística hasta el S. VI, y clasificando los textos en cinco grupos:

A) Afirman la existencia de la penitencia privada.

B) No se entienden sin suponer la existencia de la penitencia privada.

C) Se entienden mejor suponiendo la existencia de la penitencia privada.

D) No necesitan, para su comprensión, de la existencia de la penitencia privada.

E) Niegan la penitencia privada.

8. Me parece que de este estudio, necesariamente lento, podrá extraerse una valoración cuantitativa que pondrá aún más de relieve la práctica privada de la penitencia sacramental en los siglos en estudio. Puedo decir que, por ahora, todo corrobora la veracidad de la descripción aquí hecha.